

Clara y su pequeña libreta anaranjada

Alejandra Ortega

Clara

Sentada frente a la ventana, tomando una soda de uva, pensaba cómo sería si fuera escritora. Ella tenía mucho qué decir porque sentía en la misma medida. Cada letra, cada palabra representaba mundos, algunos propios y otros ajenos. A pesar de ello, quería llegar al «secreto» de la escritura. Intentaba versos, cuentos, pero la historia que deseaba compartir parecía que otros ya la habían puesto sobre el papel.

Escribir no era tarea fácil; leer, sí. Los libros y cada historia que encerraban le parecían asombrosos. Estaba entrando en un terreno del que nunca se sale, un camino sin retorno. Clara aún no lo sabía. Lo que sí tenía seguro es que la literatura es un gran signo que evoca imágenes que tenemos en el pensamiento como ideas o proyecciones, es decir, la abstracción de la realidad circundante y su conformación en el mundo literario.

Miles de obras literarias se vuelven una misma en cuanto las significamos. Ideas que se corresponden y que, a su vez, desembocan en un universo posible donde construyen la representación de una o mil realidades. La literatura y la obra literaria representan ese universo sujeto a todas las interpretaciones.

Clara quería escribir una historia que propios y extraños hicieran suya. En ese acto creativo pensaba en cada palabra como un todo universal. Líneas nunca estáticas llenas de objetos reales que, a pesar de encontrarse ahí viendo pasar el tiempo de sus páginas, fueran ellas mismas las que otorgaran su permanencia en lo realmente posible o posiblemente real de la escritura. Buscaba incansable entrar a ese mundo literario. Pero únicamente tenía doce años y una pequeña libreta anaranjada.

Don Matías

Los libros de Clara esperaban nombrar y representar un espacio que ella aún no conocía. Las hojas estaban llenas de imágenes, evocando realidades circundantes y concebidas en su propio mensaje literario. Cada día esperaba por un libro nuevo, una historia que la hiciera vivir en otro lugar, con

otras personas. Don Matías, su abuelo, era maestro de literatura en la universidad. En el fondo él sabía que Clara era una niña de extraordinarias capacidades y le enseñaba lo mismo que a sus alumnos de dieciocho o veinte años. Ella apuntaba todo lo que él le enseñaba.

Cuando don Matías explicaba cómo acercarse a la obra literaria proponía dos caminos iniciales: primero, organizar las acciones de la obra en un marco de teoría del lenguaje y de su realización en el discurso, lo que lleva a postular al texto como un todo de significaciones; el segundo, atender el sentido y los procedimientos del lenguaje. Por ello, él aseguraba que para leer una obra literaria como texto, es importante entender primero que se trata de un mundo de representaciones que circula en las frases y en las imágenes que lo conforman. A final de cuentas, un lenguaje, un modo de expresión relacionado con un referente de creación de mundos donde la obra en sí apunta a las construcciones de una discursividad donde rige un sentido, donde cada texto tiene un contenido específico que lo hace particular a la vista del lector.

Son miles de lecturas las que pueden concentrarse como un universo erigido por diferentes niveles de abstracción de la realidad y concebirse a partir de la significación que se le otorgue. Dicha abstracción se asume al reconocer que un texto escrito, una imagen, una película, un mimo..., pueden, independientemente de las variaciones discursivas propias de cada uno, contar la misma historia.

Las historias que leía Clara, aun cuando fueran las mismas, siempre tenían matices distintos que las caracterizaban. La diferencia radica en la visión que se tiene del mundo, en la discursividad de cada ser humano y en sus formas de expresión: en «cómo lo cuentan». Ella se postraba frente a la realidad e irrealidad literaria, esperando otorgarle un valor, un sentido: su vida misma. Y parecía que replicaba las historias, pues no paraba de escribir en su libreta todo lo que le parecía sorprendente o de lo cual tenía serias dudas.

Gracias al estudio del pensamiento y el lenguaje, don Matías pudo conferirle una estructura a cada obra y así explicársela a su nieta. Sin percatarse por com-

pleto, llegaron al punto donde la lengua se vuelve un lazo de unión entre la realidad y el hombre, donde se crea el discurso:

El discurso es revelado como un discurso por la dialéctica del mensaje que se dirige, el cual es tanto universal como contingente. Por una parte, es la autonomía semántica del texto la que permite la variedad de lectores potenciales y, por así decirlo, crea al público del texto. Por otro lado, es la respuesta del público la que hace al texto importante y, por lo tanto, signifiante. [...] Es parte del sentido de un texto el estar abierto a un número indefinido de lectores y, por lo tanto, de interpretaciones.¹

Él asumía su condición de *ser* a través del tiempo y espacio; ella dialogaba por demostrar lo que creía, lo que entendía de las lecturas. Sin darse cuenta comenzó no solo a escribir los apuntes de su abuelo, sino a crear micro cuentos infantiles que hablaban de dinosaurios y galletas verdes con chispas moradas. Era una niña. Ambos aceptaban su propio devenir histórico y dialéctico. Cada imagen ayudaba a la pequeña a acrecentar su experiencia humana evocando imágenes de la realidad, descansando en el acto de nombrar dentro de la propia obra. Cada vez que tomaba un libro entraba a un fenómeno dinámico que crea realidades. Se trataba del sentido literario, ese que se está pensando, que recuerda el olvido entre la imagen del

¹ Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI, México, 1995, p. 44. La interpretación del discurso conlleva al lector a apropiarse del texto, porque este no existiría si no es por las lecturas realizadas y por la significación que cada lector le otorga. Cada lector conformará, por ende, un mundo de significación interpretativa. Esa dinámica de la interpretación discursiva es personal y se logra en esa multiplicidad de lecturas realizables a un solo texto, viabilizando la creación de mundos posibles en la imaginación de quien disfruta la obra literaria. En ese mismo punto los mecanismos de generación de un mensaje se vuelven discurso tanto para el escritor como para el lector.

viento que sopla y que despierta entre sueños. Buscaba incesantemente su propia vida, quizás el reflejo de su ser, de su tiempo. Clara era parte del juego. Un instante bastó para saber que nunca saldría de ese lugar, de ese mundo de palabras que Matías le regaló.

¿Alguna solución para ese adictivo gusto? Tal vez, pero después de tanta caída y triunfo, del choque de su mente desplazada en las páginas aturcidas por el estruendo de olas, Clara solo volvería a reconstruirse, a reflejar batallas perdidas y ganadas. Entonces quedará más, siempre más. Quedará ella matando al olvido y estallando en su propia vida, hasta percatarse de haber crecido y seguir rendidamente enamorada de la literatura.

Ella no entiende las reglas y ha ganado el juego. Sigue siendo una niña y su ventaja más grande es conocer las piezas y moverlas dentro de su pequeña libreta anaranjada: pensamiento, sensibilidad, orden y caos, instante y eternidad, imágenes, naturaleza, hombre, vida y muerte, sentimiento... En fin, un mundo donde todo se vuelve símbolo, ese que nombra, se adueña, construye y reconstruye el placer de los sentidos: la literatura.

No cualquiera puede acceder a ese mundo. Es necesario volverse su cómplice para entender, para saber que se juega con lo real y con lo que no lo es. Tiene sus propias concepciones del universo. Su poder se adueña de todo, roba la conciencia de quien siente. Funde paisajes para volverlos imágenes del ser. Ese momento es el único donde se puede alcanzar la lucidez accediendo al propio interior, su objetivo: saber que la naturaleza es la otra cara del papel. Quizás demasiado para alguien de doce años, pero maravilloso para cualquier ser humano.

A ese juego que don Matías le mostró a su nieta se le llama lectura y gusta emerger del sentido, provocando emociones que se mezclan, provocando la inercia del movimiento que calla a gritos el tiempo de su fugacidad. Concibe lo real y lo irreal, expresándose en la obra que le otorga su permanencia, su reflejo, ese que se inventará en la conciencia y nacerá de abstraer la realidad de mundos simbólicos que ayudan

al hombre a no volverse loco ante la opresión de una soledad que nubla sentimientos. Ese mismo mundo que es nombrado, a su vez, nombrará el sentido de su discurso, tanto del hombre como de la obra misma, sin pretender cambiarla, mas sí vivirla.

El juego continúa. Ellos, Matías, Clara y la literatura, siguen emocionándose, mientras que todo se mueve en direcciones opuestas, el mundo gira y se adquiere la posibilidad de pensar, de amar y soñar, pero ¿cuál es la pretensión última del que escribe y del que lee?

Simplemente es llegar a la esencia de su ser. Y aquí comienza otro juego, uno donde las piezas se mueven por réplica del primero que lo haga. Inteligencia, astucia, pensamiento, intuición, voluntad, carácter, estética, corazón... En fin, actos del pensamiento, deseo de poseer el saber. Pero a esta vanidad le corresponde un valor de lo amado y deseado por el ser. Su corporalidad y su existencia espiritual buscan fundirse en un solo punto. El hombre ha resuelto escribir el (su) mundo en la expresión oculta de una maraña laberíntica: la obra literaria. Clara quiere hacer lo mismo. Quiere brincar esa enorme barda porque donde está solo es lectora, sin embargo, del otro lado será escritora.

Frente a la pizarra

En clase, don Matías hablaba de los actos creativos de la conciencia. Su argumento giraba en torno a la observación de un texto fijado por la escritura, un lenguaje único que invite al goce, al placer de historias, todas ellas experiencias de mundos (reales, imaginarios, posibles) del autor. Un espacio donde todo se reúna. Decía a su alumnado: «No se trata de ofrecer una definición única, puesto que se resumiría al decir que la obra literaria es solo una creación cuyo fin es transmitir la intención comunicativa de un autor, siempre con fines estéticos. Se trata, entonces, del absurdo acomodo de la constante y eterna creación de un artista, de un mundo que va y viene entre la voluntad y el fenómeno de sí mismo, originando una relación de naturale-

za estética. Es la necesidad del hombre de admirar, de aspirar su aroma hasta la embriaguez y así proyectar la apariencia, la voluntad que busca la representación que termina por disolverse en la apariencia. Un resultado que se da en la obra literaria».

Sus palabras mostraban esa representación de la que se habla y que da paso a innumerables descripciones. Todas ellas convergen en un solo punto: la descarga de imágenes. Se busca el placer total, el placer inconsciente que une verdades y ficciones o realidades e ilusiones, un universo existencial y necesario, donde se derrama la cosmovisión de uno y mil mundos: imágenes, formas, colores, armonía, caos, orden, fuerza, luz, volumen, sentimientos: creación y belleza.

La obra literaria —decía el abuelo de Clara— tiene variadas, posibles e imaginarias lecturas que esperan ser leídas y presentarse como un universo construido por varios niveles de abstracción de la realidad. Asimismo, se concibe a partir de la significación que cada lector le pueda otorgar. Las imágenes son multivalentes, tienen infinitas significaciones, condensan sentidos en la medida en que todo es posible al interior del texto mismo: el punto es la recepción del lector. El asunto es encontrar las vías para llegar al sentido.

Don Matías decía que según Roman Ingarden² para entender la obra literaria es necesario reconocer por lo menos cuatro estratos que él determina, comenzando por el estrato fónico, estrato semántico, estrato de objetos proyectados y representados y, por último, el estrato de los aspectos sistematizados. Ello

² Roman Ingarden, *La obra de arte literaria. Bases ontológicas para una filosofía de la literatura*, Taurus, México, 1998, p. 18. El autor desarrolla sus ideas como una argumentación sobre el modo de ser de la obra literaria, vista como un todo repetible y duradero que se crea en el juego de interacción de los estratos que propone. Dicho juego posibilitará la interpretación, el análisis y la crítica literaria, es decir, estará susceptible a la búsqueda del sentido de lo dicho y no únicamente a ser una página impresa de letra sobre papel. La conclusión que propone es ver la obra literaria como una estructura de combinación de estratos que se encuentran en una dinámica de relación continua.

nos conduce a englobar la función de la obra literaria en consecuente dinámica con la lectura, interpretación, análisis y crítica de la misma. Cuando hablaba de ello, la cara de sus alumnos se asemejaba a la de su nieta. Sus rostros asombrados pedían mayor claridad en la explicación. Los chicos parecían buscar lo mismo que Clara. Tal vez, leer, disfrutar y no pensar en el estudio de la literatura o convertirse en grandes escritores.

Pero don Matías seguía hablando y explicando que el proceso se iniciaba en el acto de leer, ese que sumerge en un entorno de conocimiento de épocas, corrientes, autores y pensamientos, pero lo más importante es que muestra y relaciona experiencias vitales. A su nieta y a sus alumnos les enseñó que el lector busca un lugar, corre hacia el sentido de su propio discurso, va tras la palabra que se escucha, que se piensa, que se lee. El círculo se cierra cuando se va de la lectura al sentido, de la interpretación al análisis y de este a la crítica literaria.

La búsqueda del sentido

Un día don Matías invitó a Clara a La Estrella. Era un parque grande y muy bonito. Lleno de árboles y juegos para chicos y grandes. Comieron helados. Clara pidió uno de chicle y Don Matías uno de chocolate. Se sentaron en una banca y ella, con toda la seriedad, le dijo: «Abuelo, cuando crezca seré escritora, pero antes necesito saber qué es lo más importante de un libro». Don Matías, sumamente orgulloso de los planes de su nieta, le contestó que lo más importante de un libro es todo, desde su olor, sus hojas, hasta las historias que narra. La charla continuó y él, obviamente sin olvidarse de su profesión, comenzó a darle una mini clase sobre la importancia no solo del libro como objeto físico, sino de su contenido, es decir, de la obra literaria. Le dijo a Clara que si ella pensaba en ser escritora, debía entender que no por escribir cualquiera se convertía en escritor, sino que había que estudiar la historia de la literatura, empaparse del análisis y crítica de las obras mismas. Una empresa

bastante ambiciosa. Imaginarán la cara de Clara al escuchar a su abuelo. Pero él tenía razón — siempre la tuvo —, pues al trabajo de escribir hay que honrarlo con el oficio y el conocimiento.

Don Matías le explicó a la pequeña — que en ese momento sacó su libretita anaranjada — que la obra es un acto de creación que se entiende en un proceso de lectura. La vía es descifrar signos y encontrar sentidos de los mundos posibles que se nos develan. Su sentido principal — continuaba el abuelo — es modificar nuestra visión habitual de las cosas y darnos la oportunidad de ver el mundo de otro modo, es decir, enseñarnos a cambiar nuestra cotidianeidad, transformar imágenes y volcarlas en palabras. Todo ello está apuntando a las reflexiones del acto de creación literaria en el cual el autor se sumerge en realidades alternas, realidades convertidas en sentimientos. Se trata de internarse en el corazón del escritor y su obra.

De igual forma, el sentido de lo literario trata de aceptar la vida como devenir de apariencias, de discursos. Don Matías, aún con palabras que la pequeña no entendía del todo, seguía explicando que dicho sentido se trata de un proceso incesante que surge y fundamenta al mundo. El mundo como obra literaria que se autocrea en cada instante alcanza su justificación en su propio juego, permitiendo la apología en sí mismo. Es un asunto de sentidos. Es un asunto de decodificar el mensaje literario.

Clara fue comprendiendo que la obra literaria es creación y recreación que el propio hombre hace de la naturaleza y de su mundo. Ambos, Clara y sus cuentos, amigos de la literatura, crean y otorgan movilidad a sus historias ansiosas de salir de sí y entrar en la dimensión de aquellos que tienen la sensibilidad suficiente para percatarse de la esencia del juego de palabras.

Para don Matías era claro entender que la obra redime al escritor y al lector, no por capricho, sí por voluntad. Sabía que es necesario para vivir porque otorga victoria sobre la realidad, volviéndola subjetiva, contemplándola hasta apropiársela. Un todo que se concentra en un estado de ánimo o posición que conduce a la creación del texto-obra-discurso. Es un

camino infinito que solo el brillo y la fugacidad pueden nombrar. Emerge de la sensibilidad y abraza, al mismo tiempo, luz y oscuridad. Es capaz de inquietar y unir cosmos desconocidos, provocando la desesperante alza sobre el reflejo del lector.

De repente, Clara le dijo a su abuelo que quería escribir un cuento mientras estaban ahí. Ella se recostó en el césped y abrió su libreta. Él siguió sentado en la banca del parque y comenzó a dilucidar sobre la búsqueda del sentido de la obra literaria. En silencio se cuestionó qué es el sentido. La sola pregunta implicaba una urdimbre interminable que define su esencia en el goce o placer. Las alternativas se antojaron interminables, pero, a pesar de todo, se centró en el discurrir del quehacer literario. Sí, ese donde el creador de la obra busca expresar simbólicamente su discurso primordial en aquello que construye. Esa referencia determina el estado de su realidad y es posible que la signifique en la intención: la propuesta de un mundo discursivo, tanto del escritor como del lector.

Ahora, preguntando y contestándose a sí mismo, don Matías trataba de buscarle un sentido único. ¿Lo hay? Puede ser, si consideramos que el sentido es lo que la propia imagen reclama sin un propósito aparente, solo llevando esa representación artística a la infinita verbalización del juego que proyecta, de la creación de una y mil historias, del germen mismo de la obra. De ahí que se entienda que el sentido es el propio discurso que se asume como una referencia que acontece, una posición que se adjudica por el creador y, por ende, por el lector. Dicha referencia nos llevará al camino del sentido discursivo de la obra literaria vista

[...] como un acontecimiento o una proposición, es decir, como una función predicativa combinada con una identificación, es una abstracción que depende de la totalidad concreta integrada por la unidad dialéctica entre el acontecimiento y el significado en la oración.³

³ Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 25. El acto literario como acto verbal es un acontecimiento significativo, visible en la abstracción de

Por tanto, al asumir el discurso como tal, entendemos que el sentido de la obra literaria es develar un conglomerado de referencialidades que describen realidades variadas, poéticas, metafóricas, creativas. La obra literaria es en sí misma un discurso pensado, sentido y, por supuesto, creado en tiempos, espacios y culturas que expresan una naturaleza común de asumir posiciones, de externar el mundo sensible o emotivo de quien escribe. Se trata de una significación de discursividades que desembocan en los variados pensamientos que representa y que explica a partir de las referencias que evoca.

Las referencias del sentido de la obra literaria se otorgan y dependen de la lectura que se haga, construyendo, así, variadas referencias que hacen posible la receptividad del lector, el análisis de la obra y las posiciones asumidas en torno a su discursividad. Las referencias no serán determinadas sino bajo la interpretación y será esta la que construya mundos de significación que cooperen en el proceso de crecimiento sensible, intelectual, emotivo y cultural del hombre.

Así, pensó el abuelo de Clara que, como lo menciona Paul Ricoeur,⁴ otorgamos sentidos que expresan y complementan el pensamiento o visión que del mundo se tenga, expresando dichas referencias en la trascendencia del lenguaje mismo. Adaptamos lo que leemos a nuestra realidad inmediata, asumimos lo extraño y ajeno como propio, hasta acceder a un discurso no único, pero sí conveniente a las redes subjetivas y objetivas que tejen mundos posibles de significación literaria, requiriéndose así

[...] una fusión de horizontes: el de aquel en el cual la obra se inserta o del que surge y el del propio lector actualizador de la obra [...]
El texto literario requiere de una compren-

referentes. Estos pueden ser verosímiles o inverosímiles y referirse al acto creador y al trabajo lector. Se trata de un discurso que se actualiza en su representación y que se comprenderá en su sentido gracias a las múltiples verbalizaciones de las cuales sea objeto.

⁴ *Ibidem*, p. 34.

sión, pero de una comprensión que vaya más allá de una pura subjetividad. No obstante, es una condición imprescindible para dicha comprensión hacer fluir al texto por nuestra propia subjetividad [...].⁵

Clara terminó de escribir al tiempo que su abuelo dejó de pensar en el sentido de la obra literaria. Ella lo abrazó y le dijo que entendía que cada obra que había leído le dejaba algo como si fuera una alcancía de experiencias o puertas que la llevaban a muchos lugares. El abuelo pensó en ese diálogo con la obra que enriquece la perspectiva, esa búsqueda de su discurso que algún día llevará a su nieta a ser la escritora que quiere. Clara le preguntó si quería leer lo que acababa de escribir. El abuelo asintió y ella le mostró su pequeña libreta anaranjada.

⁵ Gloria Prado, *op. cit.*, p. 22. Siempre que se está frente a un texto se tienen de forma implícita las respuestas para las preguntas que nos hemos de plantear: preguntar al texto es un paso en la comprensión del mismo. Prado propone una reflexión hermenéutica donde se señale la universalización del fenómeno interpretativo desde lo concreto, lo personal y lo general, siempre en la perspectiva de la experiencia del mundo; para ello sugiere tomar los presupuestos que Hans-Georg Gadamer realiza en su libro *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*.

Polvos de Atala

Es un mismo lugar. Es un espacio que une sueños. Vista a lo lejos simula una esfera nítida, fija e imponente. Es la ciudad de cristal, sueño de ajenos, realidad de propios. Pareciera un mundo aparte donde converge el infinito: bullicios, silencios, estelas, deseos, placeres... Solo podrán permanecer aquellos que anhelan ilusiones, que cumplan pactos bajo la luna.

Desde el sur ha llegado Thor, quien se embelesa ante la majestuosidad de las torres erigidas con la fuerza del acero y los espejos que las enmarcan. La luz cegadora que presencia se fija en su mente como una quimera de antiguas batallas. Cada sendero guarda los secretos de conquistas aún por realizar. La sola idea de estar ahí, de seducir con su poder, lo ha extasiado. Tomará lo propio. Esa fue su promesa.

En la cúspide de su alcázar, en el norte cardinal, se encuentra Atala. Ella observa absorta la tranquilidad que le provocan los tonos azules predominantes en su paisaje. Jamás se sintió tan plena, tan feliz. A cada instante esa paz se multiplica por los destellos. Decide andar las rúas que se antojan campos de algodón enmarcados por la armonía del ambiente. De pronto, en un punto neutral. Ellos unen sus miradas.

Delante de un inmenso brillo se encuentra la parte invisible de los dos. Thor juega con los brillos de colores que arroja Atala. Ella lo interrumpe, le pide que retorne su grito al silencio, que la envuelva en un velo de luz, que calle ante el reflejo de sus propios cuerpos vueltos polvos de cristal: Shh, escucha el ruido de los amores cuando chocan y se estrellan, cuando se reflejan en un sueño, en mil realidades...

Don Matías supo que Clara cumpliría su anhelo.

Diciembre 2021

Fuentes

Ingarden, Roman, *La obra de arte literaria, Bases ontológicas para una filosofía de la literatura*, Taurus, México, 1998. Prado, Gloria, *Creación, recepción y efecto. Una aproximación hermenéutica de la obra literaria*, Ed. Diana, México, 1992. Ricoeur, Paul, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI, México, 1995.